



“Yo soy la enfermera de todo Guayos”, apunta Elena. /Foto: Cortesía de la entrevistada

El consultorio es mi familia

Asegura la licenciada en Enfermería Elena Aguirre, quien durante más de tres décadas ha permanecido en un consultorio

Dayamis Sotolongo Rojas

Lo dice y en sus palabras ni por un instante hay asomo alguno de muletilla. Lo afirma tan categórica como la cofia blanca que durante 32 años se ha mantenido firme al igual que ella, que no ha salido de aquel consultorio jamás. “Si vuelvo a nacer sígome siendo enfermera de la familia”, repite Elena Aguirre Hernández —licenciada en Enfermería desde 1990— y la frase, por reiterada, pudiese llevar un dejo manido, pero ella ha sido enfermera a tiempo completo y más de tres décadas después no se arrepiente.

Primero se estrenó en un consultorio de La Esperanza —esa comunidad guayense— durante los dos años de servicio social y luego comenzaría a trabajar en el consultorio No. 7, de Guayos, hasta los días de hoy.

Allí está su hogar: la casa consultorio donde ha vivido desde entonces, la familia que ha creado con su hija y su esposo y la otra que ha fundado con los lazos sanguíneos de la profesión donde incluye a los más de 1 000 pacientes que atiende.

Pudiera nombrarlos, incluso, a cada uno y le creo cuando dice: “Yo conozco el nombre y los apellidos de toda mi población, del pi al pa. Sé de qué padece todo el mundo, qué toma, porque yo salgo mucho para la calle y me relaciono bastante con los pacientes.

“Ese consultorio es mi familia, es mi casa y mis pacientes son mi familia. Me gusta ir por la tarde a casa de los vecinos a tomar café con los viejitos, conversar con ellos. Me gusta dar esa charla educativa si el paciente tiene algo y ahora que no hay muchos medicamentos le digo: Hágase un tilito, tome pasiflora”.

De aquel consultorio solo ha salido una vez. Cuando

en el 2016 fue a cumplir misión internacionalista en la República Bolivariana de Venezuela y por poco no regresa.

“Yo estaba en el Distrito Capital, en Caracas, en un lugar violento que eran cerros. Me atacaron dos veces, me pusieron una pistola en la cabeza para robarme, pero sobreviví y un 31 de diciembre le cayeron a tiros al consultorio, nos metimos debajo de la cama y, por suerte, no pasó nada.

“Allá padecí un dengue hemorrágico que casi me mata, estuve en Terapia Intensiva y aquí daban partes sobre mi estado dos veces al día. Yo pensaba que no regresaba a Cuba, pero saqué fuerzas por la familia y regresé”.

Quizás fueron la mejor cura la hija, el esposo, las hermanas también enfermeras, los sobrinos... —muchos de los cuales son médicos— que aguardaban por ella. Quizás fue también su entereza y esa rectitud con la que asume hasta las palabras que comparte, que la distinguen como la enfermera que es.

Y después de tanto no se cansa. Ni por las veces que a media madrugada ha tenido que levantarse para ir a inyectar con morfina a un paciente en un estadio avanzado de una enfermedad oncológica o a asistir a un anciano encamado con falta de aire o a curarle una lesión a quien lo necesite o salir corriendo hasta el policlínico con un niño en brazos convulsionando.

Ha sido así siempre y lo supo desde que decidió ponerse la cofia en la cabeza. “Es un gran sacrificio para la familia, pero mi esposo sabe que está casado con una enfermera, mi hija va a ser enfermera —ya está en segundo año de la licenciatura— y cuando uno estudia la carrera de nosotros sabe que es sacrificada, que es a la hora que nos toque y cualquier día de la semana si nos necesitan tenemos que

ir donde está el paciente”.

No renunció a tales esfuerzos ni cuando la hija era pequeña, como tampoco dejó de ser madre y enfermera las 24 horas. “Los mismos pacientes me cuidaban a la niña. Si tenía que ir a ver un viejito encamado venía un familiar, se quedaba con la niña y yo iba a ver al paciente. Fíjate que ella desde chiquita sabe inyectar y curar escaras”.

Esa misma vocación la ha ido inculcando en los doctores que llegan al consultorio y luego los ve graduarse en otras especialidades médicas o en los estudiantes que, según cuenta, cuando los van a ubicar en las rotaciones dicen: “Yo quiero el consultorio 7, porque está Elena”.

Nada le mella los deseos. “La experiencia más difícil que uno a veces enfrenta en los consultorios hoy por hoy es atender a un paciente cuando no hay todas las condiciones para trabajar.

“Tengo pacientes con úlceras por de cúbito, que son las famosas escaras, que cuando vas a curar no tenemos todos los recursos, pese a que se priorizan y se les trata de garantizar, aunque sean limitados; pero siempre doy el paso al frente, busco una alternativa y tratamos de que el paciente se vaya satisfecho con el trabajo de nosotros”.

Es lo que ha aprendido y enseñado durante todos estos años. Porque para ella la arcilla fundamental de la que tiene que moldearse un enfermero es del amor por lo que hace.

“Para ser un buen enfermero tiene que gustarte la carrera, tener amor a la profesión, porque de eso depende el amor al paciente y a la familia. A mí me gusta el consultorio, me gusta la prevención, la educación... eso me encanta. Yo soy la enfermera de todo Guayos, pregunta por Elena Aguirre aquí para que veas”.

Ser madre

Asumir ese privilegio rebasa el hecho de traer al mundo una vida que se llevó durante nueve meses en el vientre

Arelys García Acosta

Llegué al Hospital Materno a las once de la noche. El pitazo del central Dos Ríos se escuchaba en esa esquina de la ciudad de Palma Soriano. Para ser sincera, de ello no recuerdo prácticamente nada; la exactitud se la debo a mi compañero. Con el susto de madre primeriza era suficiente; aunque antes hubiera escuchado todos los consejos posibles para ese momento: el de mi madre Solangel, un ser que crió a sus tres hijos sentada hasta la madrugada detrás de una máquina de coser; el de abuela Carmen, con sus saberes ancestrales y discreto altar de la Virgen María, y el de mi hermana Marisol, quien aprendió a caminar por la vida a fuerza de bastón y mucho más.

Pero el susto pasa, entre la sesión de cuclillas y el seguimiento de rutina de los médicos. Claro, de rutina para ellos. Todo es simple, hasta que te vienen las contracciones. Ahora, sí recuerdo que acerca de las contracciones me había dado también consejos mi tía Chavela, desde su condición de madre y doctora. Sin embargo, a la hora cero —para ser sincera también— todas esas recomendaciones se van de paseo, y una se ve con aquella nueva vida, que por 39 semanas llevaste en lo más hondo e íntimo de tu cuerpo, ansiosa por conquistar un nuevo mundo.

Hasta que, finalmente, llegas al salón de parto, y en ese minuto no reparas en el verde de sus paredes ni en el intenso verde de la vestimenta de los doctores y enfermeras, ni si llevan espejuelos como los de mi esposo. Apenas, escuchas: “Mamá, tranquila, respira, que todo saldrá bien”, te anima una voz dulce. Y casi, al unísono, otra voz: “Puja, mamá, puja fuerte. Puja, que ahí viene”. Y sacas fuerzas de donde no tienes y escuchas, entonces, el llanto que más alegría te ha dado hasta ese momento en tu vida.

Era el 7 de enero de 1994. Viernes, exactamente a las 2 y 35 de la tarde, me recuerda mi compañero. Hoy, no olvido el rojo de aquellas tres rosas —¿para qué más?— que me regaló en mi iniciación como madre y en su estreno como padre. Las flores me volvieron acompañar en mi segundo parto. Ya vivíamos en Sancti Spíritus. Era el 6 de octubre de 1998.

Madre por partida doble no te hace dividir tu amor, te hace compartirlo, sin distinción. Todo el amor para cada uno. Eso también lo aprendí de mi madre. Ella me enseñó, además, que los hijos son intocables; aunque el amor de madre no debe cegarte. Nadie como una sabe sus defectos, los errores que cometen. Conocerlos y obrar en consecuencia, nos hace mejores,

Mi madre también me enseñó que a los hijos no deben cortárseles las alas, aunque una quisiera tenerlos siempre debajo de la saya. Una le echa luz al camino que ellos deben recorrer; mas, los pies y el corazón los ponen ellos.

Hay tantas ligaduras, tantos hilos que nos unen a ellos que vivimos a gusto la vida entera curándonos el mal de ojos, velando sus fiebres, cosiendo el botón desprendido de sus camisas. Eso somos las madres: regazo tibio, horcón de ácana venido del monte profundo, pañuelo blanco sin dobleces. Adoramos la mesa llena, que no falte nadie y más aún, adoramos escuchar: “Mamá, extrañaba tu arroz, tu mano bendita”.



Pureza, obra de Zaida del Río

Comenzó venta de pan en panaderías especiales

Xiomara Alsina Martínez

Una producción cooperativa que desde hace varias semanas se gestaba en la provincia ha dado como resultado el reinicio de la producción de pan en las panaderías especiales pertenecientes a la Cadena Cubana del Pan, actividad que estaba paralizada debido al déficit de materia prima.

Esta semana se inició la venta de dicho alimento con la reapertura de las cuatro unidades de la ciudad cabecera provincial, estrategia que luego se extenderá a otros territorios, según declaró a Escambray Leonardo Ramos Moreno, director de la

Unidad Empresarial de Base Cubana del Pan en Sancti Spíritus.

El directivo añadió que, aunque la medida encarece los costos y, por ende, el precio del alimento, hasta tanto se recupere la economía nacional y se pueda retomar el habitual ritmo productivo estarán elaborando bajo estas condiciones que permiten, al menos, mantener una oferta estable a la población.

“Estamos realizando una prueba piloto —acotó Ramos Moreno— por tratarse de un producto diferenciado que nunca antes se había ofertado de esa manera y en dependencia de la demanda estaremos ampliándolo a otras unidades de la Cadena

Cubana del Pan y, además, de las disponibilidades de materia prima”.

Se trata, en esta primera etapa, de un pan de corteza suave de 100 gramos por un valor de 30 pesos o el de 200 gramos que sería a 60 pesos la unidad.

El propio director aseguró que este convenio con la mipyme es debido a las limitaciones del país con las materias primas, entre ellas la harina de trigo, y añadió que esa estrategia podría seguirse utilizando aunque se establecieran las entregas habituales, pues eso permitiría aumentar las producciones de este alimento que, como se sabe, han resultado insuficientes.